

LA SOLEDAD

Grato asilo del alma, que en angustia
sumida y en recuerdos dolorosos
se siente marchitar,
como el tallo y las ojas de flor mustia,
cuyo cáliz perfumes olorosos
no puede ya exhalar.

Verde arbusto mecido en la campiña
sin aroma, sin flores, sin adorno
más place veces mil,
que afectados matices con que aliña
sus tablas, sus senderos y contorno
cultivado pensil.

Del arroyo que fluye adormecido
y murmura tal vez contra la orilla
más grato es el rumor,
que en marmóreas labores embutido
entre estatuas de rara maravilla
sonante surtidor.

Blanda yerba tapiza como alfombra
las orillas del plácido arroyuelo
y brinda á reposar;
el árbol nos encubre con su sombra,
avecillas solazan nuestro duelo
comenzando á trinar.

En tanto que la urraca vocinglera
atraviesa los aires abrasados
por el rayo estival,
y á la entrada de angosta madriguera
asoma con sus ojos inflamados
sierpe descomunal.

Más allá, de altos montes á la falda,
levantada del santo solitario
la lóbrega mansión;
alta peña asomando por la espalda,
do resuena el acento funerario
ó el eco de oración.

Y á lo lejos retumba la cascada
y el mugido del río fragoroso
batiendo sin cesar
los costados de roca levantada
á la orilla, cual mágico coloso
parado á reposar.

Ya las selvas arrojan ondulando
sacudidas del viento con esfuerzo
prolongado mugir,
cual viene sonoro rebramando
de borrascas preñado rudo cierzo
la mar á combatir.

Y allá dentro en golpeo acompasado
derribada sintiérades caerse
por robusta segur
vieja encina que el tiempo ha respetado,
que del suelo no pudo desprenderse
al empuje del sur.

Sale ruda del fondo de las breñas
en altos y monótonos cantares

la voz del leñador;
 lleva el viento sus ecos, y las peñas
 y en la selva cercana los pinares
 responden al cantor.

—
 ¡ Soledad ! ¡ soledad ! más dulce al hombre,
 que el insulso bullicio y la algazara
 que de dicha con nombre
 al mortal ese mundo presentara;
 gratos son tus recuerdos,
 con tu presencia cara
 el pecho de consuelo se rocía
 y la mente se eleva y se extasía.

En tu seno deslízanse al humano
 infelice las horas en la calma,
 cual cesando en desierto el viento insano
 mece el aura las hojas de la palma;
 exhala allí tranquila
 blando suspiro el alma,
 grandiosa le rodea la natura
 halagando sus penas y tristura.

Con doseles de púrpura en contorno
 ¿ qué valen los salones guarnecidos?
 De oro, nácar, relieves, rico adorno,
 ¿ qué valen artesones embutidos?
 Del monarca el alcázar,
 los arcos atrevidos
 son polvo, nada, á vista de grandeza
 que ostenta en soledad naturaleza.

¿ Contemplasteis el cielo de la tarde
 revestido de nubes y celajes,
 cual gigantes que lucen con alarde
 pintados y magníficos ropajes,
 como mágicas selvas
 con no vistos ramajes,
 y negruzcos castillos y torreones
 en hileras de ricos pabellones?

Con torrentes de llama ya rojiza
 pasa el sol, y aquel piélagos atraviesa,
 le dora, le blanquea, le matiza
 y le inflama cual vívida pavesa;
 mas se inclina benigno,
 deja la nube ilesa
 tocando en el confín del horizonte
 como hoguera en la cúspide del monte.

Y después queda el cielo rodeado
 de celajes á guisa de doseles
 que guarnecen un fondo nacarado
 entre esmalte de célicos claveles;
 ¿ qué pueden ser entonces
 los humanos pinceles
 cuando bella y brillante la natura
 despliega su riqueza y su hermosura?

Entonces arrobado siente el hombre
 aquel himno que entona el firmamento,
 y los ecos seráficos que el nombre
 alaban del Autor de tal portento;
 mientras que las estrellas
 con brillo tremulento
 ya del cielo la bóveda tachonan
 y al Eterno otros cánticos entonan.

¡Qué sublime, qué plácido es sentarse
junto al pie de la roca solitaria,
y en alzados pensares espaciarse
elevando hasta el cielo la plegaria!

Entre tanto la luna
como luz funeraria
va alumbrando la tierra, que dormida
ni da seña que goce de la vida.

¡Amable soledad! más apacible
que á nave que luchara con el cierzo
el sentir aquel aura bonancible
que las velas impele sin esfuerzo;
balsámica tú calmas
la desazón terrible
del mísero que dicha ni reposo
no encuentra en este mundo proceloso.

Recostado en tu seno de blandura,
anegados en lágrimas sus ojos,
en consuelo conviertes su tristura
y en quietud agradable sus enojos;
que en aquesta morada
de espinas y de abrojos
¡infeliz! ¿quién esquivo te contempla
y en tu seno su espíritu no templa?

Que al hombre que te mira con desvío,
ni le place tu mágica tristeza,
y no siente un sublime desvarío
contemplando arrobado tu grandeza,
alma helada y mezquina
le dió naturaleza;
mal pulsara las cuerdas de la lira
que en sus manos heladas no suspira.

¿No sabéis dó tuviera sus visiones
el vate que derrama sus cantares
y arrastra en pos de sí generaciones
como el viento las olas de los mares?
¿Sabéis dónde bebiera
los sublimes pensares
que vertidos en canto peregrino
renombre le alcanzaran de divino?

Extraviado en las sendas del desierto,
esquivando ruidosa muchedumbre
cruza el valle de sombras encubierto,
de alto monte camina hasta la cumbre,
hasta que el sacro fuego
sus tinieblas alumbre,
cien mágicas visiones á porfía
desfilando en su mente y fantasía.

Cual de montes lejanos la cadena,
mil recuerdos se agolpan á su mente
en desierto de rocas y de arena
y del sol al rayar incandescente;
de Horeb, Madián el nombre
recuerda vagamente
y al pastor por la cólera proscripto
del ingrato monarca del Egipto.

Cuando tiende su manto negra noche,
cuando brota en el pecho la tristura,
cuando mustia la flor cierra su broche
revestida de luto la natura,
cuando murmura el viento
en honda sepultura
y se ven los cipreses ondulantes
o negro espectros de gigantes:

Él medita en los valles más desiertos
 á la sombra del árbol solitario,
 penetra en las mansiones de los muertos
 cual si oyera suspiro funerario,
 mientras duerme en profundo
 silencio el santuario
 velado por doquiera con las sombras,
 cual de muerte con lóbregas alfombras.

Que al hombre diera el cielo una alma triste
 que no sufre el bullicio de la orgía,
 ni la nada que de oro se reviste
 y afecta convulsiva la alegría,
 es entonces el alma
 como ardiente bujía
 que en el aire su pábulo no encuentra,
 se apaga si su llama no concentra.

El festín con su risa no amortigua
 la pena de cuidados roedores,
 secreto sinsabor nos atestigua
 que el placer aun aguza los dolores:
 hermosa es la floresta,
 bellos son sus colores,
 un momento nos prenda su belleza,
 mas el pecho se vuelve á su tristeza.

¡Soledad! ¡soledad! que al hombre elevas
 de este suelo grosero y polvoriento,
 tú que al genio engrandeces y le llevas
 en alas de sublime pensamiento,
 ya que en la mente tosca
 no cabe tal portento,
 cuando el pecho rebosa de amargura,
 temple al menos su pena tu dulzura.

LA MUERTE

¡Oh muerte! blando consuelo
 de mi triste corazón,
 melancólica ilusión
 en mi pesaroso anhelo:

¡Qué fuera yo, si á mi lado
 no te viera de continuo,
 cual cansado peregrino
 que ve el camino acabado!

Cubierta con negro manto
 aterrorizas al hombre,
 y al sólo mentar tu nombre
 le cerca luto y espanto.

¡Temor necio! ¡necio error!
 que tan cruda no es tu mano,
 y mil veces al humano
 endulzas tú su dolor.

Y si en tremenda actitud
 el hombre se te figura,
 en profunda sepultura
 arrojando un ataúd,

Tu ademán tan espantoso
 tal vez no le pareciera,
 si en aquel ataúd viera
 al infeliz en reposo.

¿Qué es la humana criatura
en esta tierra de duelo,
si de la muerte el consuelo
no endulzara su amargura?

¡Cuánto infeliz, si á vivir
la muerte le condenara,
de su vida se quejara
con doloroso gemir!

¿Qué fuera de madre tierna
que ha visto finar su amor,
si á su penar y dolor
viera duración eterna?

¿Y qué de infeliz esposa
que á su objeto idolatrado
un azar ha arrebatado
cual huracán tierna rosa,

Viendo el tálamo nupcial
enlutado con pavor,
y en él cubierto su amor
con un velo sepulcral?

Ablanda su pena atroz
pensar finirá su vida,
y con su prenda querida
le unirá muerte precoz.

Calma negro frenesí
preso en hondo calabozo
al pensar con blando gozo
que al morir saldrá de allí.

Y el desvalido anciano
que el sepulcro de sus hijos
contempla con ojos fijos
moviendo trémula mano,

¿Quién acallara su llanto
si con su muerte cercana
no olvidara la temprana
que llora en duro quebranto?

Mas, ¿y á qué salir de mí
para tu bien ponderar
¡muerte! ¿y por qué no contar
lo que te debo yo á ti?

¡Ay! ¡cuántas y cuántas veces
de la más cruel amargura
con ansia afanosa y dura
apurando estoy las heces!

Y mi rostro juvenil
baña lágrima encendida,
y de tan penosa vida
me quejo otra vez y mil.

Te me ofreces, tú, sombría,
y con tu dedo letal
me muestras luz funeral
que yo cercana no vía.

Y apenas su vista alcanzo
y azulado fulgor miro,
un consolador suspiro
de mis entrañas ya lanzo.

Y de sombras al través
diviso cual un misterio
la alta cruz del cementerio
y la cumbre del ciprés.

Y al ver que negro ataúd
está ya medio entreabierto,
se anima mi dedo yerto
y pulsa negro laúd.

Y bañado de esperanza,
cual balsámico rocío,
suspira el corazón mío
en placentera bonanza.

¡ Dios eterno! que la muerte
sea siempre mi consuelo,
que ella me recuerde el cielo
en los trances de mi suerte.

Que no quiero yo morir
con la muerte del impío,
y al morir ¡ Salvador mío!
vuestra cruz quiero yo asir,

Y las llagas adorar
de vuestra imagen sangrienta,
y con mano tremulenta
á mis labios la acercar.

Y que calme mi temor
María con su sonrisa,
cual refresca leve brisa
al que sufoca el calor.

Y que al decir: « ya ha espirado... »
rece triste salmodía
comitiva tierna y pía
junto á mi cuerpo finado.

Y que al anunciar mi fin
plañidera campanada
recordando polvo y nada
á bullicioso festín,

De eterna felicidad
goce ya mi alma arrobada,
de ese mundo ya olvidada,
sumida en la eternidad.

EL ATAÚD

¡ Cuándo será que yo pueda
libre de cuerpo pesado
el firmamento estrellado
cual saeta atravesar;
y en el seno del Eterno
creador de la natura
para siempre mi tristura
y mis penas olvidar!

Que en ese montón de polvo,
en esos mares de arena
donde arrastro la cadena
de una vida de dolor,
no encuentre sombra de dicha
ni un momento de reposo,
sólo un ambiente ardoroso
que me ahoga de calor.

¡ Ay de mí, si no sintiera
un latido de esperanza
de una eterna bienandanza,
que es premio de la virtud;

si no sintiera el consuelo
con que inunda el pecho mío
un suavísimo rocío
pensando en el ataúd !

Día vendrá, tal vez será mañana,
que yerto como el mármol de un sepulcro,
rodeado de luces funerales
finado yaceré.

El silencio reinando en torno mío,
los callados y lúgubres umbrales
al pisar de mi lóbrega morada
detendrá el hombre el pie...

¡Qué soledad! las luces vacilantes
reflejando sus trémulos fulgores
en mi rostro amarillo y marchitado
infundirán pavor :

Y si alguien me contempla estremecido
rezará por el alma del finado
en voz leve la fúnebre plegaria
bañándole el sudor.

Negro manto cubriendo mi cadáver,
con las manos cruzadas sobre el pecho
de amarillo y morado salpicadas,
la pupila sin luz :

Anublada la frente, las mejillas
denegridas, el labio amoratado,
envolviendo mis sienes pavorosas
el sombrío capuz.

Dará la hora que marca de la noche
la fúnebre mitad; hondo silencio
envuelto entre las lóbregas tinieblas
por doquier reinará :

Oiráse, empero, de vez en cuando
el agudo graznido tremulento
del buho, que en vecino campanario
sombrió posará.

.....

